



Este VI Domingo del tiempo pascual se celebra la Pascua del Enfermo en muchas de nuestras parroquias; también en residencias y hospitales. Es un momento señalado para hacer visible que los enfermos tienen un lugar preferente en la comunidad cristiana, como lo tuvieron en la vida de Jesús. De hecho, desde sus comienzos la Iglesia siempre ha considerado el servicio a los enfermos y a los que sufren una parte fundamental de su misión. Es un derecho y un honor poder hacer realidad la actitud generosa y compasiva del Buen Samaritano.

Es necesario reconocer los logros obtenidos en la asistencia sanitaria que se realiza en las instituciones a través de la entrega profesional de tantas personas. Pero también hay que decir que hoy se tiende a domiciliar los tratamientos, en la medida de lo posible. Esta forma de trabajo otorga a la comunidad parroquial una nueva posibilidad de acompañar y hacer presentes a los enfermos en su misión pastoral. En este sentido, el tiempo de Pascua, en el que la Iglesia revive la presencia salvadora de Cristo Resucitado, ofrece a los enfermos la posibilidad de participar de este gran don a través de la celebración, tanto de la Penitencia y la Eucaristía como de la Unción de Enfermos.

Naturalmente, esto requiere una adecuada catequesis que prepare la celebración, que lleve a descubrir cómo el Señor viene a nuestro encuentro, nos consuela y nos sana, y nos invita a unir el dolor que genera la enfermedad, al de Cristo, que lleva a una nueva vida. Por todo esto, urge avivar la conciencia de la acción salvadora de Cristo en los sacramentos, tanto en la comunidad cristiana como entre los enfermos y sus familiares más cercanos. Nada más conveniente que la visita a las familias, la cercanía, como signo de donación de nuestro tiempo a quienes disponen de tanto que a veces les resulta difícil vivirlo. Este domingo, la celebración de la Pascua del Enfermo puede ser una gran oportunidad para avivar en la comunidad eclesial uno de los efectos más consistentes del encuentro con la Pascua del Señor: el don de nosotros mismos, especialmente a quienes tienen necesidad de compañía, de estima y de ayuda. Una acción que suscitará esperanza, pues esta nace precisamente de la experiencia del saberse querido. Podemos servirnos de distintos recursos para manifestar la cercanía, pero entre ellos no olvidemos abrir caminos para que los enfermos y sus familiares puedan participar de los dones de vida nueva que nos traen los sacramentos, pues son signos eficaces de la acción salvadora de Cristo mismo, que celebra la Iglesia.